

por ejemplo, en particular, ha extendido su esfera especulativa. Por lo que respecta a las ciencias naturales en general, no es solamente la observación de los fenómenos lo que interesa, sino el estudio del ser humano, el animal, la planta, en todas sus diversas manifestaciones. ¿Qué prueba de inteligencia se revela cuando se coloca al caballo entre los solípedos? La Zoología y la Botánica se han reducido a una serie de clasificaciones que no hacen más que poblar el espíritu de nociones sin vida, como flores de herbarios, como pájaros disecados. Por intuitivos que sean, estos estudios conservan aún el carácter de la enseñanza de las nomenclaturas, como lo era la Geografía hace un cuarto de siglo. Lo que es preciso aprender, es el *por qué*, si no de la vida, al menos de sus manifestaciones y de sus aspectos; las costumbres de los seres que anima, etc. *Aprender*, saber, no es un fin por sí solo, sino un *medio* para desenvolver las fuerzas del corazón y de la inteligencia. Pidamos, exijamos, a nuestros discípulos pruebas de inteligencia y autoconducción, y no solamente pruebas de memoria, es decir, de servilismo. Cuando nuestra enseñanza sea en realidad científica, hará que esta fórmula, tan ridícula como célebre: «La escuela para la vida», ceda su puesto a esta otra: «La vida en la escuela». Todas las escuelas han preparado siempre al niño para la vida, y es una perogrullada repetirlo. ¡Y pensar que se ha luchado tanto durante tantos años para llegar a una pobre frase como ésta! Llevar la Vida, la Belleza, la Verdad a la Escuela, he ahí lo que debemos anhelar y realizar».

Evidentemente, la reforma de los programas escolares belgas, desde el punto de vista en que se ha colocado el señor Devogel, espíritu de altísima cultura y de voluntad robusta, será de una trascendencia educadora y positiva para el porvenir de este pueblo. La utilidad se determina, así, según la profesión u oficio a seguir por el individuo. Tal reforma, tiene la ventaja de agrupar las nociones más diversas en torno de un cierto número de *centros de interés*,⁽¹⁾ como dice el Director de las Escuelas de Bruselas. El maestro, por ejemplo, no irá a la escuela con la idea de que va a dar su lección de aritmética, después la de idioma, en seguida la de historia, etc. «Todas estas ramas de estudios, dice el pedagogo D'Orbaix, deben penetrarse, llamarse y responderse;

formar un vasto conjunto, una especie de sinfonía de pensamiento y de acción que el alumno escuche sin fatiga y que contribuya a su constante *elevación*». ¿Lecciones en esta forma de enseñanza? Oíd lo que dice el Director mismo: «¡Lecciones! ¡Execrable vocablo! Lo que nuestros horarios deben ordenar son series de *ejercicios*, de los cuales algunos serán los núcleos de radiación intelectual y moral».⁽¹⁾

Entra en el plan de reformas del nuevo Director de las Escuelas bruselesas, la aplicación predominante de los *métodos constructivos* en su verdadero sentido, porque, aquí, como en muchos países, se han seguido tales métodos solo nominalmente. «El principio de acción exige que el niño sea *ocupado*, que él haga, construya, alguna cosa por sí mismo, y que la aplicación sea realizada por él».⁽²⁾ Evidentemente, esta clase de trabajo llega a ser un *control* personal de la intuición conforme a la cual la clase ha sido dada».

Como nuestro objeto es sólo dar sintéticamente idea del espíritu de las reformas de este año, dejamos al margen de estas líneas muchas innovaciones, ampliaciones, rectificaciones que la Dirección de las Escuelas de Bruselas tiene el firme propósito de llevar a término. Sólo diremos que las escuelas públicas de esta capital contarán ahora con un salón cinematográfico propio, donde podrán los alumnos ilustrar las lecciones abstractas que se den en las clases.

Como se ve, aquí los dirigentes oficiales de la enseñanza no se contentan con cumplir sus obligaciones, mucho menos con devengar el sueldo. Quieren que la Escuela belga no permanezca estacionaria, en medio de la universal renovación. Y luchan con denuedo.

JUAN RAMÓN URIARTE

Otoño de 1920.

Nuevas tendencias de la educación en los Estados Unidos

(Véase el REPERTORIO número 9.)

II

LA ESCUELA DE HORACE MANN

LA bandera que flamea en lo alto del mástil de un barco es una permanente invocación al secreto destino que le aguarda sobre las aguas del mar. Y estandartes sobre mástiles son ciertos nombres. Pronunciarles es como invocar un oculto destino o remover un pasado en el corazón o en la memoria de los hombres.

Horace Mann es uno de esos nombres estandartes. Con el privilegio singular de que, cuando se le pronuncia entre las gentes de Hispano América, sobre los Andes flota, como una fúlgida aurora austral, la titánica figura de Sarmiento. Porque ambos, Mann y Sarmiento, se han sumergido en un mismo esplendor de gloria. Ambos, al cruzar por encima de las ascuas de los días, purificados y ennoblecidos, han jurado una vez más su fe en un mismo ideal: la educación popular, como el único vado posible para el rebaño de la barbarie hacia la civilización propiamente humana.

Para la América de nuestra lengua la obra de Sarmiento fué perenne manantial de inspiración, en cuyas aguas, sabrosas y profundas, sentíase la virtud esencial de Horace Mann. La

legislación educacional de las naciones de la América Hispánica, aun cuando históricamente pueda retrotraerse al proyecto de Condorcet, debe su amplitud, su tendencia a la universalización con propósitos superiores a los de la mera instrucción democratizante, a Sarmiento, en cuya palabra amalgamóse con la suya la elocuente sabiduría de Horace Mann.

El nombre de éste, en el frontispicio de una escuela es como una atadura a venturosa estrella.

Y tal, en realidad, ha sido. La Escuela de Horace Mann es una de las mejores de Nueva York. La conocí en 1912 y la he visitado recientemente. El edificio, un presente de los esposos Macy, es toda una encarnación de una importante teoría de higiene escolar: la de la educación el aire libre como la más adecuada para conservar la salud. Hay en él una ventilación constante e insensible que permite la total renovación del aire de cada aula en el lapso de siete minutos. La humedad normal del ambiente se mantiene por medio de unos humidificadores y la temperatura media nunca es excesivamente diferente de la del exterior. Y sobre la azotea del edificio vecino, destinado a las Artes Domésticas, se han hecho instalaciones que sirven para acomodar grupos de alumnos que por razones especiales reclamen ese tratamiento a cielo abierto. El edificio que se

(1) Estos *centros de interés* no son otra cosa que la *correlación de tópicos* de que hablan los Programas del señor Brenes Mesén, que tanto repugnan a la ignorancia y a la mala voluntad.

(1) ¿Qué otra cosa si no esto piden los Programas del señor Brenes Mesén?

(2) Esto en los Programas del señor Brenes Mesén se llama *proyectos*.